

LA ETIMOLOGIA

Waldemar Castells

I. LOS GRIEGOS,

Etimología es una palabra griega compuesta por "étymos" verdadero y "logos" = explicación. Literalmente significa "explicación del significado verdadero" de las palabras.

El término aparece en Grecia en la época helenística y su sentido no coincide con lo que hoy entendemos por "etimología". De ahí que se haga necesario detenernos a observar el sentido que tuvo para los griegos el estudio etimológico de las palabras.

El problema fundamental que preocupó a los griegos del Siglo V A.C., es el de la relación que existe entre el lenguaje y el mundo; entre las palabras y las cosas nombradas por éstas. Los hombres tratan de comprender el mundo y piensan que un camino para ello es reflexionar sobre el lenguaje, puesto que éste es el encargado de nombrar las cosas del mundo, y por consiguiente, debe existir una relación estrecha entre lenguaje y mundo.

Desde muy antiguo los hombres habían hallado la respuesta a la pregunta que condensaba la preocupación planteada: ¿por qué las cosas se llaman como se llaman? Y la respuesta era proporcionada por el mito: las cosas se llaman como se llaman porque así las llamó el primer hombre por encargo y con pleno poder de Dios, Génesis, 2, 19-20.

Además de la respuesta mitológica existían intentos de explicar los motivos de la denominación primera. Adán llama a la mujer "ischa" (mujer en hebreo), porque ella ha sido tomada del hombre ("isch" en hebreo). Nos hallamos ante un intento de explicación racional: el nombre "ischa" muestra la naturaleza de la cosa nombrada: ser tomada del hombre "isch".

Sin embargo en la Grecia del S.V A.C. se plantea una discusión que pone en tela de juicio la legitimidad del principio según el cual, la palabra estaba naturalmente ligada a la cosa nombrada por ella. Para los griegos como para todos los pueblos, el lenguaje pertenecía al legado cultural que habían re-

cibido de sus antepasados. Los usos y costumbres, el derecho y la tradición constituían un depósito venerable que regía la vida social y espiritual al igual que una ley, no escrita pero presente y vigente entre ellos, a la que llamaban "nomos"; y así llamaron luego a la ley escrita.

Cuando el mundo griego se abre y se ensancha en contacto con otros pueblos y otros usos y costumbres, la validez de los propios "νόμοι" se transforma en algo relativo y por consiguiente en objeto de examen y discusión. (1)

Los pensadores se dan cuenta de que los valores que constituyen el ideal de vida de su pueblo debe reclamar su validez no de la vinculación con la tradición, sino de su conformidad con las leyes de la naturaleza. Por consiguiente se aplican a la observación y al descubrimiento de lo natural poniendo en juego todas sus facultades intuitivas y racionales. El resultado es extraordinario. El griego fué un pueblo dotado de una capacidad intuitiva y reflexiva como muy pocos, lo que le permitió llegar a la clara conciencia de la legalidad inmanente a las cosas. Así lo expresa W. Jaeger en la introducción de su Paideia: "...sentido innato de lo que significa "naturaleza"...", que veía "...las cosas del mundo como un todo ordenado en una conexión viva, en la cual y por la cual cada cosa alcanzaba su posición y su sentido.".....
 "Tendencia hacia la clara aprehensión de las leyes de la realidad en todas las esferas de la vida". "Pensamiento, arte, lenguaje, tienen su fundamento en esta concepción del ser como una estructura natural, madura, original y orgánica".

(1) Walter Parzig: El mundo maravilloso del lenguaje. Cap.I.
 La Propiedad del Nombre.

Y respecto a la filosofía, "...la clara percepción del orden permanente que se halla en el fondo de todos los acaecimientos y cambios de la naturaleza y de la vida humanas."

Finalmente y para resumir lo dicho anteriormente: "Todo pueblo ha producido su código legal, pero los griegos buscaron la "ley" universal que actúa en las cosas mismas y trataron de regir por ella la vida y el pensamiento del hombre."

Esta disposición natural de los griegos tendrá consecuencias incalculables no solo para el desarrollo de su propia cultura, sino porque marcará el nacimiento de la cultura del mundo occidental.

El interés de los filósofos griegos se orienta al conocimiento y explicación del mundo que los rodea. Es curioso que ese alborear de la ciencia se produzca en el seno del mito y la poesía; porque los primeros filósofos fueron poetas.

El lenguaje es una de las realidades a cuyo estudio se aplican los filósofos.

La palabra tenía para el pueblo griego un valor vital que nosotros no alcanzamos a comprender en toda su magnitud. Llegar a dominar el arte de la palabra debía ser ideal de todo hombre consciente de su naturaleza racional. Por eso Grecia es la cuna de la Retórica (arte de la palabra). Pero no fueron los filósofos los creadores de este arte. Basta leer algunos pasajes de la Ilíada para advertir que muchos siglos antes que en el ágora ateniense del Siglo V, en el campamento de los aqueos ya se hacía gala del más refinado arte de la palabra. Es pues natural que los primeros sofistas se sintieran atraídos hacia el estudio de esa maravillosa realidad humana, el lenguaje.

Pero el lenguaje, que pertenece al legado recibido de los antepasados, también deberá fundar su validez, no en la vinculación con la tradición, sino en su conformidad con leyes de la naturaleza. Por consiguiente, el problema que se plantea es el de la distinción entre "naturaleza" y "convención", es decir, si hay o no algún vínculo necesario entre el significa-

do de una palabra y su forma. (1) Existían pues dos escuelas: los *naturalistas* y sus adversarios los *convencionalistas*, cuyas teorías trataban de explicar la naturaleza del lenguaje.

LOS NATURALISTAS

Heráclito de Efeso es el fundador de esta escuela. Su discípulo Cratilo, es presentado por Platón en el diálogo Cratilo, defendiendo las doctrinas de su maestro, y gracias al mismo diálogo conocemos las ideas de Heráclito sobre el lenguaje.

Los naturalistas sostenían que entre una palabra y su significado había una relación necesaria, es decir que, todas las palabras eran realmente apropiadas *por naturaleza* a las cosas que significaban. Si esta relación era esencial, entonces el análisis del lenguaje se convertía en un camino seguro para acceder al conocimiento del mundo.

Heráclito es el primero que utiliza el lenguaje para explicar su concepto del mundo.

Para él, todo es un continuo *fuir* (*panta rhei* = todas las cosas fluyen), nada permanece inmutable. La esencia de las cosas es el *movimiento*. Y este movimiento está representado en el fuego y en el río: dos imágenes de la realidad. Los nombres de las cosas revelan esa realidad.

Heráclito es un representante de la mentalidad arcaica cuya característica es la no-distinción entre las esferas ontológicas, lógica y lingüística. Los nombres de las cosas tienen un sentido mágico o sagrado. La naturaleza o suerte de una persona puede leerse en su nombre que casi mágicamente determina su destino. De ese modo el nombre de

(1) J.Lyons. Introducción en la Lingüística teórica. Ed. Teide. Cfr. 1.2.2. "Naturaleza y Convención".

Helena, que lleva en sí la idea de raptar (y ser raptada) y de destruir (eléin, infinito acristo de airéoo = raptar y ser raptado).

Para Heráclito, la no-distinción señalada significa una substancial coincidencia entre los aspectos lingüísticos de la verdad enunciada y los aspectos ontológicos de la verdad contemplada y existente. En otras palabras, una natural justeza (orzótes) de los nombres. (1).

Supuesta esa correspondencia natural entre el nombre y la cosa, la etimología debía revelar la verdad de las cosas, la esencia de los seres naturales o de las personas humanas y divinas.

Para comprender la concepción del lenguaje en Heráclito debemos partir de su concepción de la realidad. Es tarea arriesgada presentar en pocas líneas el pensamiento, esparcido en los pocos textos fragmentarios que se conservan, de este sabio que vivió hace dos mil quinientos años. Sin embargo, estas breves sentencias siguen asombrando a los hombres porque revelan la visión genial y original con que Heráclito supo interpretar el mundo real: la dialéctica de los contrarios, la tensión de opuestos que no se excluyen sino que se unen en la armonía de un acto creador que se renueva constantemente, que fluye como la corriente del río dando origen a todas las cosas.

Veamos algunos de estos fragmentos: *Heráclito reprocha al poeta que dijo: Ojalá se extinguiera la discordia de entre los dioses y los hombres. (Ilíada, XVIII, 107). Pues no habría armonía si no hubiera agudo y grave, ni habría animales si no hubiera hembra y macho, que están en oposición mutua. (2).*

(1) Mondolfo, Rodolfo; Heráclito; Textos y Problemas de su Interpretación. México 1966. Cap. Quinto: El Alma y el Conocimiento, I.- La Teoría de la Justeza natural del lenguaje, pág. 297.

(2) Walzer= A 22 Diels (de Aristót., Eth. Eud., VII, 1. 1235 a 25)

Conexiones: enteros y no enteros, convergente divergente, consonante disonante: de todos uno y de uno todos. Este texto fue precedido por una paráfrasis de Aristóteles en su tratado De Mundo (1). ...*acaso la naturaleza se deleita de los contrarios y de estos produce lo acorde y no de los semejantes; así como, sin duda, al macho lo une con la hembra, y no a cada uno de los dos con el del mismo género, y el primer acorde lo compuso mediante los contrarios y no mediante los iguales. Y el arte también parece hacer esto, imitando a la naturaleza; pues la pintura, mezclando las naturalezas de los ocre blancos y de los negros y de los rojos, suele producir las imágenes acordes con los modelos; y la música, mezclando conjuntamente tonos agudos y graves, largos y breves, produce en los sonidos diferentes, una armonía única; y la gramática, formando una composición de letras sonoras (vocales) y mudas (consonantes) ha constituido su arte. Esto mismo era también expresado por Heráclito el Oscuro: "conexiones... etc.*

No comprendes cómo lo divergente converge consigo mismo: armonía de tensiones opuestas, como (las) del arco y de la lira.

El arco tiene nombre de vida (bíos), pero obra de muerte.

La oposición, tensión, guerra, como causa de las cosas:

Pólemos (la guerra) es el padre de todas las cosas y el rey de todas, y a unos los revela dioses; a los otros, hombres; a los unos los hace libres; a los otros, esclavos.

Es preciso saber que la guerra es común (a todos los seres), y la justicia es discordia, y todas las cosas se engendran por discrodia y necesidad.

(1) (de Ps. Aristót., De Mundo, 5, 396 6 7)

En el tornillo del apretador (prensa), el camino recto y el curvo es uno solo y el mismo.

El camino hacia arriba (y) hacia abajo(es) uno solo y el mismo.

Así pues, la esencia de toda realidad es esta lucha interna de los opuestos; la orzótes (rectitud, exactitud) de todo nombre, consiste en su correspondencia con la señalada realidad de la cosa, con su íntima concordia discors (concordia discordante), con su constitutiva coincidentia oppositorum (la unión de opuestos).

¿Cómo demuestra Heráclito la unión de tensiones opuestas en el lenguaje?

-Por dos caminos: o mostrando que un mismo nombre puede significar realidades contrarias, o señalando que una misma realidad puede tener nombres opuestos, o más bién que, exige ser expresada por un binomio de contrarios.

Realidades contrarias con un mismo nombre:

El arco, pués, tiene nombre de vida (bíos), pero obra de muerte.

Una misma realidad con nombres contrarios:

En el tornillo del apretador, el camino recto y el curvo es uno solo y el mismo.

El camino hacia arriba (y) hacia abajo (es) uno solo y el mismo.

Nombre y Función.

Condición para descubrir la coincidencia de los opuestos en los nombres, es considerar la función y el significado del nombre en el mismo plano como determinaciones igualmente objetivas de lo real. (el arco, nombre de vida y función de muerte).

Aquí está el nudo de la teoría heraclítica del lenguaje. La esencia de la realidad es el pólemos, la relación de unidad-lucha entre los opuestos, en que consiste el mismo flujo universal: la verdad de los nombres consiste en reflejar esa esencia. (Rodolfo Mondolfo, op. cit.)

Así, la ley del flujo universal está presente tanto en las cosas cuanto en el lenguaje. Su teoría del lenguaje no pretende ser una filosofía del lenguaje, sino una vía de acercamiento a la realidad.

En cambio para Parménides, cabeza de la escuela *convencionalista*, los épea (palabras), son puros nombres (onómata) que los mortales pusieron creyéndolos verdaderos, pero que solo existen por casualidad y arbitrio. (tyje=casualidad; nomos= opinión, arbitrio, costumbre).

PARMENIDES

La razón por la que Parménides rechaza la teoría de Heráclito no obedece a preocupaciones lingüísticas. Tanto el uno como el otro se interesa por el lenguaje sólo para resolver problemas filosóficos.

La doctrina de Parménides se conserva también en pequeños fragmentos de su poesía didáctica.

Admite por un lado la realidad contrastiva del mundo pero al mismo tiempo afirma que los contrarios se excluyen, son inconciliables. El contraste parece reducirlo a "ser" "no-ser". "N^o-ser" es lo que no existe, ni puede ser, ni puede ser pensado. Todo pensar se refiere a lo que existe. No hay pensamiento cuyo contenido no sea el ser; no hay ser que no pueda pensarse: pensar y ser son una y la misma cosa. La materia o lo corpóreo es lo lleno (tó pleon), el espacio lleno o aquello que llena el espacio. Es lo mismo ser y contenido espacial. El ser (la corporeidad), es idéntico en todo lo que existe; de donde se desprende que no existe sino lo uno, esto es, el ser unitario e indiferenciado. En cambio el *no-ser* o *lo-que-no-existe*, significa lo incorpóreo, el espacio vacío (tó kénon). Por consiguiente el espacio vacío es la nada.

Admite la separabilidad de las cosas: éstas se presentan como una pluralidad y diversidad gracias al espacio vacío.

Admite también el acontecer corporal, o sea todo movimiento como cambio de lugar de lo *pleno* en el vacío. Por tanto, si el vacío no es real, tampoco pueden serlo la diver-

sidad y el movimiento de las cosas singulares.

Dé esta manera, ante el *todo-uno* que es el ser único existente, sucumben la diversidad y movilidad de las cosas. Solo aquel *es*; éstas (diversidad y movilidad), son apariencia y engaño.

Por consiguiente, las palabras (*épea*) son justas, rectas (*orzá*), expresan la esencia de la cosa, pertenecen a la esfera de la necesidad por naturaleza (*fysei*), por la misma razón por la que Parménides las considera falsas, o sea en cuanto llevan el signo de una oposición que no existe.

"CRATILO" DE PLATÓN

El procedimiento por el cual los discípulos de Heráclito demostraban la exactitud de los nombres nos es conocido solamente a través de Cratilo, diálogo de Platón, en que se plantea la cuestión de, si los nombres y el lenguaje son un instrumento adecuado para acceder al conocimiento de las cosas.

Intervienen en el diálogo tres personajes: Hermógenes, discípulo de Parménides, Cratilo, discípulo de Heráclito y Sócrates.

Para Hermógenes, la exactitud de los nombres es convencional: El nombre es la designación que, según un acuerdo y convención, algunas personas dan al objeto; por tanto su origen se debe al uso y la costumbre.

Para Cratilo, existe naturalmente, tanto para griegos como bárbaros, una manera exacta de denominar o nombrar los seres que es idéntica para todos. Por tanto la exactitud del nombre consiste en imitar y mostrar la esencia de la cosa nombrada.

Le piden a Sócrates que los ayude a dilucidar la cuestión para ver cual de las dos opiniones es la verdadera. En su calidad de árbitro y maestro, pondrá a prueba ambas doctrinas, aplicando su método dialéctico de *pregunta-respuesta* para que al final la verdad brille por sí misma.

Comienza por indagar lo que entiende Hermógenes por *convención*.

Hermógenes sostiene que el nombre que se da a las cosas y personas es completamente arbitrario. La denominación que se atribuye a cada objeto, es el nombre de cada uno. Tanto si la denominación es impuesta por la ciudad (comunidad, sociedad), como si es dada por un individuo particular.

Sócrates insiste: *...si yo doy nombre a un ser cualquiera, por ejemplo, si a lo que actualmente llamamos "hombre", yo le doy el nombre de "caballo", y a lo que llamamos "caballo" le doy el nombre de "hombre", ¿llevará un mismo ser el nombre de "hombre" para todo el mundo, y para mí en particular el de "caballo"? Y, al contrario, ¿llevará el caballo el nombre de "hombre" para mí, y el de "caballo" para todo el mundo? ¿Es eso lo que quieres decir tú?*

Hermógenes: *-Sí, ésta es mi opinión.*

Sócrates tratará de socavar la seguridad de Hermógenes en su extremada posición, proponiéndole reflexiones que lo llevarán a aceptar algunos principios fundamentales: Determinar los nombres de las cosas no es de competencia de cualquiera. Por el contrario, Cratilo tiene razón al afirmar que los nombres pertenecen naturalmente a las cosas. Solo puede ser un artífice de nombres el que, atento al nombre natural del objeto, sabe dar esa forma a las letras y a las sílabas.

Veamos estos principios con más detalle:

1) Las cosas tienen una esencia fija y estable, independiente de cómo se nos aparezcan a nosotros.

2) Los actos que pertenecen a las cosas son una forma determinada de realidad y por tanto se realizan de acuerdo con su propia naturaleza y no según nuestra manera personal de ver las cosas.

3) Hablar es un acto; por consiguiente: *...hablará uno correctamente ateniéndose a su opinión particular sobre la forma en que hay que hablar? o, más bien, ¿No conseguirá uno hablar bien, ateniéndose a las normas sobre la manera y los medios que las cosas naturalmente tienen de nombrar y ser nombradas por medio de la palabra...? Porque, ...nombrar*

(o denominar) es una parte de la acción de hablar (...) se habla, en efecto, nombrando cosas.

4) La acción de denominar se realiza por medio del nombre, que es un instrumento que sirve para instruir y para distinguir la realidad. Aquí se insinúa cierta *exactitud natural* de los nombres en la medida en que son aptos para instruir y distinguir, es decir, para conocer la realidad y distinguir una cosa de otra.

5) Pero, ¿a quién corresponde la labor de imponer los nombres a las cosas? Sócrates afirma que es obra del *legislador*. ¿Quién es este legislador? -No hay una explicación clara. ¿Podría referirse a una comunidad de hablantes, o a los primeros hombres, o al Logos como la Razón universal de la que el hombre participa al conocer, o como Ley natural que gobierna la naturaleza y el cosmos? -No lo sabemos. Esta referencia nos trae la imagen bíblica de Adán, ante el cual Dios hace desfilar a los animales para que él les imponga el nombre según su naturaleza. Aunque es probable que Platón no conociera el relato bíblico, bien podría conocer el mito, ya que, éste forma parte de las tradiciones de los pueblos mesopotámicos.

6) ¿Cómo procede el *legislador*, para imponer los nombres a las cosas? Este ha de observar el nombre en sí, para imponer a los sonidos y a las sílabas la forma nominal naturalmente apropiada a cada objeto. Sonidos y sílabas son la materia prima sobre la que el legislador, como un artífice, moldea la forma del nombre de un objeto; no la forma que a uno se le ocurra, sino la que corresponda según las propiedades naturales del objeto. El término nombre representa la esencia del objeto. Esa esencia es concebida como una forma conceptual. De ahí que, al decir *la forma del nombre del objeto*, se refiere a la esencia del objeto. Dicha forma es preexistente o anterior al acto de la denominación o imposición del nombre.

7) Pero cada legislador no opera sobre las mismas sílabas. Sócrates se da cuenta de que cada idioma tiene su legislador, *sm:forjador* de nombres, y por tanto, se enfrenta al problema de la relatividad de los nombres. Si

el nombre, como Sócrates acaba de afirmar, es una forma naturalmente apropiada al objeto, dicha forma nominal debería ser la misma en todas las lenguas. El sabe que no es así. Lo que en griego es *ánzropos*, en Latín es *homo*. Pero Sócrates sale del paso con una comparación ingeniosa: *...Tampoco todos los herreros operan sobre el mismo hierro al fabricar un mismo instrumento ordenado a un mismo fin; y no obstante, en la medida en que ellos le dan una misma forma (por ej., de hacha), aun cuando no sea el mismo hierro, el instrumento resulta bueno, tanto si se fabrica entre nosotros, como si se fabrica entre los bárbaros... (...) ¿es que no será él (el legislador), tan buen legislador entre nosotros o en cualquier otra parte, en la medida en que asigne la forma de nombre que cada objeto requiere, a unas sílabas de cualquier naturaleza?*

Hermógenes está totalmente de acuerdo, pero, nosotros no. Porque en el caso de los herreros, es verdad que utilizan diferentes trozos de hierro pero, en cuanto a sus propiedades, se trata del mismo material. Para Sócrates la diferencia entre *ánzropos* y *homo*, estaría dada por la diferencia del material empleado, es decir, sonidos y sílabas y no por la forma.

Sin embargo, es evidente que la forma de *ánzropos* es diferente de la forma de *homo*. Y si en ambos nombres la forma nominal es diferente, no puede haber relación natural alguna entre el nombre (forma nominal) y la naturaleza del objeto (forma esencial).

De cualquier manera queda establecida una cierta exactitud natural de los nombres y aceptada por Hermógenes. Ahora, Sócrates debe indagar en qué consiste esta exactitud.

La exactitud de los nombres en general.

Dejando de lado el comienzo de este examen en el que pasa revista a los nombres puestos por Homero y los poetas, ensaya la explicación etimológica de los nombres de dioses y héroes para demostrar cómo esos nombres revelaban la naturaleza y destino de los que los llevaban.

El nombre de Zeus tiene dos formas: Zená y dfa. Ahora bien, Zeus es causa de la vida (Zen). Por eso ha sido exactamente designado: aquel por quien (di ' on) todos los seres vivos tienen la vida (zen). Pero el nombre, que era uno solo, ha sido partido en dos (dif y zenf).

Los héroes son nacidos del amor y su nombre ha sido derivado del nombre del amor (éros), al que los héroes deben su nacimiento, con un leve cambio en la forma. Y define a los héroes de esta manera: o bien quiere decir que eran sabios, elocuentes en oratoria y buenos dialécticos, hábiles en hacer preguntas (erotán) y en hablar (eiréin), ya que eiréin es sinónimo de léguein=decir.

Pero Sócrates rechaza el valor de estas etimologías: *Los nombres dados a los héroes y dioses podrían quizá correr el riesgo de engañarnos: muchos de ellos han sido establecidos según las denominaciones de los antepasados, a veces sin ninguna conveniencia (...); muchos de ellos son como la expresión de un deseo...*

Luego, en un tono de mal disimulada ironía, Sócrates se sumerge en un torrente de etimologías, parodiando el procedimiento de Heráclito o de sus discípulos. Se burla de las teorías sobre el flujo universal: *...los hombres de los tiempos pasados más lejanos, los que establecían los nombres, han obrado esencialmente como la mayoría de los sabios de nuestros días; a fuerza de dar vueltas buscando la naturaleza de los seres, estos (los sabios) han llegado a sentir vértigo; y, en consecuencia, les parece que las cosas dan vueltas arrastradas en un movimiento universal. (...) según ellos, no hay en las cosas nada permanente ni fijo; se escurren o fluyen y se mueven, (...)*

Las conclusiones a que llega Sócrates en esta tercera parte del diálogo, pueden resumirse así:

a) La forma primitiva de los nombres resulta muy alterada por el tiempo y por el deseo de embellecer el lenguaje.

b) Cuando uno se encuentra enredado en la etimología de un nombre difícil, puede suponer que es de origen:

bárbaro.

c) Desaparecerán todas las dificultades; y cualquier nombre podrá corresponder a cualquier objeto, si se le puede añadir y quitar lo que uno quiera. Como ejemplo, veamos cómo Sócrates indaga el significado de teje (arte).

Sócrates: Si se le quita la t y se le pone una o entre la j y la n, y entre la n y la e; ¿no significa la posesión de la razón? (ejis nou).

Hermógenes: Esto es muy complicado, Sócrates.

Sócrates: Pero, mi buen Hermógenes, ¿ignoras tu acaso que los primeros nombres establecidos quedaron como enterrados por lo que querían darles pomposidad? En atributo a la eufonía, les añadieron y quitaron letras; retorcieron los nombres en todos sentidos, con el deseo de embecarlos, como si ello se debiera al efecto del tiempo.

Así, Sócrates descalifica toda la pirotecnia etimológica que él mismo puso en juego poco antes.

Los nombres primitivos

Llegamos ahora a la cuarta parte del diálogo. Sócrates encara el estudio de los nombres primitivos. El tono ahora es serio: ...hay que esforzarse en examinar las cosas a fondo. (...) hasta llegar a esos nombres que son los elementos de los demás... Esos [los nombres primitivos] no deben aparecer ya más como compuestos de otros nombres. ... si llegamos a tomar lo que ya no está compuesto de nombres distintos, estamos en el derecho de decir que hemos llegado a un elemento y que no hemos de referirlo ya a otros nombres.

Sócrates se entrega a la tarea de examinar la exactitud natural de los nombres primitivos, es decir, de los primeros nombres, pero por medio de un método distinto de los empleados anteriormente.

Parte siempre del principio de que la exactitud de los nombres consiste en que estos hagan ver la naturaleza propia de cada ser. Esto vale tanto para los nombres primitivos como para los derivados. Ahora bien, los derivados

se apoyan en los primitivos, así que, el problema es de qué manera, los nombres primitivos, que no descansan en otros nombres, puesto que son los primeros, nos harán ver la realidad con la mayor claridad posible para ser verdaderamente nombres.

En qué consiste la exactitud de los nombres primitivos

...Si faltos de voz, y de lengua quisieramos representarnos las cosas los unos a los otros, ¿no intentaríamos indicarnos con las manos, la cabeza y el resto del cuerpo, como la hacen realmente los mudos?

Però, puesto que queremos servirnos de la voz y de la lengua y de la boca, ¿no obtendríamos acaso la representación de cada cosa, la representación, digo, que se consigue con estos medios, al aplicarlos a imitar una cosa cualquiera?

Así, el nombre es, por lo que parece, una manera de imitar, por medio de la voz, lo que se imita y nombra, cuando uno se sirve de la voz para imitar lo que uno imita.

Però Sócrates reconoce que imitar no es nombrar. Es decir, el nombre imita la cosa nombrada, pero no toda imitación es nombre. De lo contrario, ...nos veríamos obligados a admitir que esas personas que imitan a las ovejas, a los gallos y a los demás animales están nombrando lo que imitan.

Cómo imitan los Nombres Primitivos

Pues bien, si uno pudiera imitar por medio de letras y de sílabas esto mismo, es decir, la esencia de cada objeto, haría ver cada cosa en su realidad...

Así explica Sócrates el método que va a emplear: Puesto que la imitación de la esencia se hace con las sílabas, y las letras (...) hemos de comenzar por diferenciar las vocales; luego, clasificar por especies los elementos que no connotan ni sonido ni ruido (las mudas).-(...)- luego habre-

mos de pasar a los elementos que, sin ser vocales, sin embargo, tampoco son mudas; y en las vocales habremos de distinguir las distintas especies.

El método que Platón esboza por boca de Sócrates apunta a la formación de las palabras como un intento de descomposición del nombre en sus constituyentes primarios. Comienza por el estudio de las letras y las sílabas para llegar a la formación de los nombres, los verbos y aun a una teoría del lenguaje. Pero la preocupación de Platón no es lingüística sino filosófica: el lenguaje como vehículo de conocimiento de la realidad.

El otro paso del método consiste en distinguir correctamente todos los seres que hayan de recibir nombres, para que ..seamos capaces de atribuir cada uno de los elementos (letras y sílabas) de acuerdo con su semejanza con los objetos.

De esta forma aplicaremos nosotros los elementos a las cosas, a una sola el elemento (letra) que parecerá necesario o varios a la vez formando lo que llamamos sílabas; uniremos a su vez las sílabas que sirven para componer los nombres y los verbos; y nuevamente, con los nombres y los verbos, nos pondremos a construir un grandioso y bello conjunto, como lo era antes el ser vivo reproducido por la pintura; (1) ahora lo que nosotros haremos será el discurso, gracias al arte de los nombres o de la retórica, en una palabra, gracias al arte adecuado. O más bien, no seremos nosotros (...) pues esta composición, tal cual ella existe, ha sido obra de los antiguos. Nuestro papel aquí, si sabemos examinar todos estos problemas de conformidad con las reglas de su propio arte, es, luego de haber hecho estas distinciones, ver de la misma forma si los nombres primitivos y los derivados han sido establecidos como convenía o no.

(1) Poco antes ha usado el símil del pintor que consigue la semejanza del cuadro con la realidad, usando los colores como elementos solos o combinados.

Análisis de las letras.

Luego de expresar algunas dudas sobre el valor del método, Sócrates se lanza al análisis de las letras para mostrar cómo éstas imitan las propiedades naturales de las cosas.

"...la *ρ* (...) es instrumento adecuado para expresar toda clase de movimiento.

.....
en la misma palabra *ρεῖν* (fluir) y en *ροε* (corriente), imita la movilidad por medio de la *ρ*; luego en *τρεμος* (temblar), en *τραχὺς* (nudoso); además, en verbos como *κρούειν* (chocar), *σάθειν* (triturar), *ἐρίκειν* (rasgar), *ζυγπεῖν* (quebrar), *κερατῖδεσθαι* (desgarrar); *ρυμβεῖν* (hacer dar vueltas, arremolinar): El autor (de los nombres), veía que es sobre esta letra donde la lengua se detiene menos y vibra más..."

La *ι* se ha servido para todo lo que es ligero y especialmente capaz de atravesarlo todo. Según eso, reproduce la acción de *ιέναι* (ir) y la de arrojarse (*ἠιέσαι*; así como por medio de la *β*, de la *ψ*, de la *σ* y de la *δ*, letras que llevan consigo una aspiración, ha imitado, nombrándolo, todo aquello que presenta este carácter (de aspiración): por ejemplo, *ψυχρόν* (frío), *δσειν* (hirviente), *σειέσαι* (agitarse), y, en general, la agitación (*σεισμός*). Lo que está lleno de viento (*βυσσός*). La *δ* y la *τ* que es comprimir la lengua y apoyarse sobre ella, parece útil para imitar las ataduras (*δεσμός*) y la acción de detenerse (*στάσις*). Al ver que la lengua resbala de una manera especial sobre la *λ* ha designado con nombres hechos a semejanza de esto, lo que es liso (*λείον*), resbalar (*ολισθάνειν*), lo untuoso (*λίπαρόν*), lo pegajoso (*κόλληδες*), etc.

Y dado que la lengua, en su deslizarse, queda detenida por el efecto de la *γ*, se ha servido de ella para imitar lo viscoso (*γλισχρόν*); lo pringoso (*γλίχρ*); lo agruticante (*γλοιός*); el carácter interno (nasal) de la *ν*, ha dado su nombre a la idea de "dentro" (*ένδον*); y a la de "interior" (*έντος*), con el sentimiento de reproducir los hechos

por medio de letras.....
 Igualmente en las demás nociones: el legislador parece reducir las a letras y a sílabas, creando para cada uno de los seres un signo y un nombre, y partiendo de ahí para componer el resto, por imitación, con esos mismos elementos. En esto (...) consiste la exactitud de los nombres.

Diálogo con Cratilo

Sócrates trató de remover a Hermógenes de la convencionalidad absoluta de los nombres, hacia la aceptación de una cierta exactitud natural de los nombres con las cosa nombrada.

Es interesante y original la argumentación sobre la imitación.

Ahora, con Cratilo, tratará de traerlo desde su posición cerrada de la natural exactitud de los nombres, a la aceptación de un cierto convencionalismo en la asignación de nombres a las cosas.

El nombre es imagen o representación del objeto.

Sócrates introduce el término imagen para referirse al nombre. Este es solamente una representación, una imagen del objeto, pero no un doble de la misma naturaleza del objeto, de lo contrario habría dos objetos, no uno.

Antes ha establecido algo que vuelve a repetir:

... para que el nombre sea semejante al objeto, los elementos (las letras) de los que se constituirán los nombres primitivos, deben necesariamente ser semejantes a los objetos..

Pero sucede que en un mismo nombre se hallan presentes letras que imitan nociones contrarias: ...para expresar la misma noción nosotros decimos *aklerotes* (dureza) y las gentes de Eretria dicen *skleroter*. Una misma noción es representada en un caso por la r y en el otro por la s. Y en el mismo nombre *sklerós* (duro) tenemos la e que expresa lo contrario de la dureza. Y sin embargo cuando decimos *sklerós*

ambos entendemos de qué hablo yo. ¿Por qué?

Cratilo : Lo se por la costumbre...

Sócrates : ... o sea, por la convención...

El artifice de nombres puede equivocarse.

Además, insiste Sócrates, el primero que estableció los nombres se rigió por la idea que él tenía de las cosas. Si su idea era equivocada, también sería equivocado el nombre y nosotros nos engañaríamos al tomarlo como guía para conocer la realidad.

Cratilo : Si el autor de los nombres no los hubiera establecido con conocimiento de causa, nunca hubiera conseguido un acuerdo completo, es decir, los hombres no hubieran aceptado dichos nombres como verdaderos.

La cosa es anterior a su nombre.

Por último, Sócrates esgrime el último y el más contundente de sus argumentos en contra de la posición de Cratilo. Este afirmaba que los nombres eran el único medio para conocer la realidad y por otro lado, que el autor de los nombres debía conocer necesariamente los objetos a los que imponía el nombre. Ahora bien, con ayuda de qué nombres había él (el autor) podido aprender o conocer las cosas, si los nombres primitivos no habían sido todavía establecidos y si, por otra parte, es imposible aprender y descubrir las cosas sin haber aprendido o descubierto por sí mismo los nombres que las designan?

Se debe partir de las cosas, no de sus nombres

Por consiguiente, concluye Sócrates, ...es evidentemente necesario buscar fuera de los nombres...

¿Habrá que partir de la imagen, para aprender, estudiándolo en sí misma, si la copia es buena y conocer al mismo tiempo la verdad de la que ella es imagen? ¿O habrá que

partir de la verdad para conocerla en sí misma?

Sócrates opta por la segunda alternativa: hay que ir a la fuente: ...no hay que partir de los nombres, sino que hay que aprender a investigar las cosas partiendo de ellas mismas...

Valor del diálogo de Cratilo.

Platón supo ver que la forma de las palabras se modifica con el tiempo; él lo atribuye erróneamente al propósito consciente de embellecer los nombres, en lugar de explicarlo por el juego de leyes fonéticas. Tampoco se equivoca al decir que, en su forma antigua o primitiva, los nombres dejan ver con mayor claridad su etimología. Su ignorancia de las lenguas extranjeras le impide ver la importancia de la comparación del griego con otras lenguas de la misma familia. Palabras de origen bárbaro que la ciencia moderna explicará por el parentesco del griego con el sánscrito o alguna otra lengua indoeuropea. Sin embargo, hoy se admite que el griego posee muchos préstamos de lenguas extrañas al indoeuropeo. Es interesante la observación de que las mujeres permanecen más fieles que los hombres al modo de hablar antiguo.

El estudio sobre el valor de los sonidos aislados son algo genial y original y se adelanta a las investigaciones de Leibniz y Jacques Grimm.

El estudio de los sonidos es ingenuo, pero el método a modo de ensayo, tiene un valor científico acorde con las limitaciones de la época.

Sin embargo en la parte final del diálogo con Cratilo llegará a la conclusión de que en la mutua comprensión, no solo interviene la natural exactitud de los nombres, sino también el uso y la convencionalidad. Porque es posible hablar falsamente, es decir, tener una imagen falsa de la realidad. En la comparación entre la palabra y la pintura y la teoría de la imitación, concluye que los nombres igual que los cuadros pueden ser una imagen inexacta del objeto.

Los nombres pues, son guías peligrosos para llegar al conocimiento de las cosas. Dado que es posible pedir a las mismas cosas el conocimiento de ellas, es a ellas mismas a donde hay que acudir en busca del conocimiento; que hay que partir mejor de la realidad y no de los nombres que no son más que imágenes de ella.

II. DESPUES DE LOS GRIEGOS.

Los Romanos.

Después de los griegos, la investigación etimológica no deja de preocupar a los eruditos, pero no hay ningún avance y toda la labor etimológica se reduce a indagar el verdadero significado de las palabras como un medio para llegar al conocimiento de la realidad (Los estoicos).

El único método usado no es otro que el que hemos visto en el Cratilo de Platón: se busca el significado de una palabra relacionándola con otra de apariencia similar. Aquí campeaba la capacidad de inventiva del estudioso, como ya hemos podido apreciar en el Cratilo. El romano Marco Terencio Varrón (S.I.A.C.) recurre a este tipo de etimologías en su obra *De re rústica*, la espiga que todavía los campesinos por tradición llaman "speca", parece que se deriva de "spes" (esperanza) porque se siembra con la esperanza de recoger.

Italia debe su nombre a los bueyes

En la antigua Grecia -según escribe Timeo- a los toros les llamaban "Ítalos", y de aquí el nombre de Italia, país en el que abundan los bueyes y las vacas ("vituli").

El cerdo en latín es "sus". Los griegos llaman al cerdo *ūs* y anteriormente *zūs*, que se deriva según se dice, del verbo *zūein*, que significa inmolar. Con ello se da a entender que los cerdos fueron los primeros animales que se sacrificaban a los dioses....

III. EDAD MEDIA

San Isidoro de Sevilla

Nace en Sevilla alrededor del año 556, en las postrimerías de la dominación romana.

A los cuarenta y tres años es elegido Obispo de Sevilla. Lo más notable en este hombre es la amplitud y profundidad de sus conocimientos en las más diversas disciplinas.

Su obra cumbre es las Etimologías. En ella compendia Isidoro todo su saber y es la obra que ejercerá mayor influencia en toda la Edad Media. En nuestra época Isidoro hubiera sido un eminente investigador por su capacidad para clasificar, ordenar y analizar. Entre los autores que cita en sus Etimologías, figuran unos ciento sesenta, aproximadamente. Un dato curioso para la historia del español: en sus obras se han contado 1640 voces "españolas".

Las etimologías constan de veinte libros. Los tres primeros son un compendio del plan de estudios que Isidoro había implantado desde hacía casi cincuenta años en su escuela de Sevilla. Nos dan una idea exacta de lo que constituía la instrucción más esmerada en esa época y del método empleado.

Al comienzo del primer libro nos ofrece un esbozo de este plan:

Las disciplinas de las artes liberales son siete. La primera es la Gramática, que es la pericia en el hablar; la segunda es la Retórica (...) muy necesaria en las cuestiones civiles; la tercera es la Dialéctica, llamada Lógica, que por sus sutiles discursos distingue lo verdadero de lo falso; la cuarta es la Aritmética, que se refiere a los números y sus divisiones; la quinta es la Música, que consiste en poema y canto; la sexta es la Geometría, a la que compete la medida y dimensiones de la tierra; y la séptima es la Astronomía, que estudia las leyes de los astros. (1)

(1) Etymologise, lib: I, cap. II. De septem liberalibus disciplinis. Cita tomada de la edición de Pérez y Grial. Madrid

Estos estudios se llaman, "trivium" y "quadrivium" que constituían en la Edad Media la educación fundamental para todos y que debía la base necesaria para los estudios universitarios.

Lo que a nosotros interesa es el libro décimo que no es otra cosa que un diccionario. Isidoro agrupa las palabras por orden alfabético explicando brevemente su significado y origen.

El método que emplea Isidoro en sus análisis etimológicos, no es diferente a los anteriores. A pesar de la ingenuidad que transparentan muchas de ellas, asombran sí por la enorme erudición del autor.

Así por ejemplo, *nox* (noche), se llama así del verbo *nocere* (hacer daño), porque durante la noche y al amparo de sus sombras, actúan los ladrones.

Amicus (amigo), por derivación de *quasi animi custos*. (guardador de voluntades).

Fatuus, loco, necio. El que no entiende lo que dice ni lo que dicen los demás. Toman este nombre de unos adivinos que eran marido y mujer y se llamaban *Fatuo* y *Fatua*, que después se maravillaron y espantaron tanto de sus adivinaciones que enloquecieron.

Importunus, impertinente, áspero, indiscreto. El que no está quieto. *Importunus* significa también sin puerto, esto es sin holgura, y los que no tienen puerto ni holgura son llevados al naufragio.

Camisa, deriva del latín "*camisia*". Los romanos les llamaron *camisias* porque dormían envueltos en ellas en sus "camas" ("*quia in his dormimus in "camis" id est in stratis nostris*").

CONCLUSION

Nadie caló tan hondo como Platón en el intento de explicar el lenguaje humano. Platón parece atisbar el problema cuando descompone la palabra en sílabas y letras, cuando afirma que el nombre es una imagen o una representación del objeto y no el objeto mismo y cuando sustenta el carácter convencional, y por tanto, arbitrario del nombre, por lo cual éste no puede servir de instrumento para conocer la esencia de las cosas. Sin embargo, Platón se da cuenta que su explicación es incompleta porque al final del diálogo Sócrates dice que esto debe estudiarse con más detención en otra ocasión. Probablemente Platón se da cuenta de que debe encarar el estudio del lenguaje en sí mismo sin recurrir a elementos ajenos al mismo lenguaje. Pero esta tarea no la realiza Platón y habrá que esperar al siglo XIX, cuando nazca la Gramática Comparada con Bopp, Rask, Pott, Grimm, Schlegel y otros, con el descubrimiento del Sánscrito y el estudio de las lenguas indoeuropeas.

Nace así la moderna etimología con rango científico, cuyo objetivo esencial es investigar la historia de una palabra hasta sus orígenes partiendo de ella misma. Al mismo tiempo trata de establecer el significado propio y originario de cada palabra basándose en elementos objetivos y documentados.

El estudio de la historia de una palabra debe abarcar los distintos aspectos que presenta el cambio lingüístico. Para este fin la etimología debe recurrir a diversas disciplinas que pertenecen al repertorio de la Lingüística, tales como: 1) La Fonética y sus leyes, que estudia los sonidos y sus variaciones a través del tiempo; 2) La Formación de las palabras, que da cuenta de los cambios en la forma de las mismas y comprende aspectos, como la Composición, Derivación y Analogía; 3) La Semántica, que estudia los cambios de significación. Aspecto este último, de mucha importancia por estar en conexión directa con la evolución de toda la cultura material y espiritual, por lo que,

a juicio de Paul Kretschmer, la etimología "...no puede divorciarse del de las disciplinas más diversas, de la zoología y la botánica, la medicina y la química, la arqueología y el derecho, el folklone, la mitología y la historia de las religiones". (1)

Pero, dado que este tema requiere de un espacio muy amplio, debemos dejar para un próximo número de DOCUMENTOS LINGUISTICOS, el capítulo sobre la Moderna Etimología y su Importancia.

Waldemar Castells D.

(1) Paul Kretschmer: Introducción a la Lingüística Griega y Latina. Instituto Nelrifa, Madrid 1946, II, 3. Las Palabras, págs. 83 a 106.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Porzig, Walter: El Mundo Maravilloso del Lenguaje. Ed. Gredos, Madrid 1964. Cfr. cap. I La Propiedad del Nombre.
- Marouzeau, J.: La Linguistique. 3a. Edition. Librairie Orientaliste Paul Geuthner, París, 1950.
- Kretschmer, Paul: Introducción a La Lingüística Griega y Latina. Instituto Nebrija, Madrid, 1946. Cfr. II, 3a. Las palabras, págs. 83 a 106.
- García de Diego, Vicente: Lingüística General y Española. Madrid, 1951. Cfr. Libro V. Historia del Lenguaje. cap. III, Evolución de la Expresión.
- Meillet, A.: Linguistique Historique et Linguistique Generale. tome II. Paris, 1951. Cfr. pág.138
- Mondolfo, Rodolfo: Heráclito. Siglo XXI editores, México 1966 Cfr. cap. V. El Alma y el Conocimiento.
1. La Teoría de la justeza natural del Lenguaje.
- Lyons, John: Introducción en la Lingüística teórica. ed. Teide. Cfr. 1.2.2. Naturaleza y Convención.
- Windelband, Wilhelm: Historia General de la Filosofía. ed. Ateneo, México. Cfr. Primera Parte: La Filosofía de los Griegos.
- Platón : Obras Completas. Ed. Aguilar, Madrid, 1966. Cfr. "Cratilo".

Jaeger, Werner: Paideia: Los ideales de la Cultura Griega.
Fondo de cultura Económica, México, 1957.
Cfr. Introducción.

Quiles, Ismael San Isidoro de Sevilla. Espasa-Calpe, Ar-
gentina, Bs.As. 1945. Cfr. Parte Segundo,
Cap. I, 2.: Las Etimologías.